

La importancia de la educación del pudor en los jóvenes. Un reto para la familia

DALIA SANTA CRUZ VERA

Universidad Católica de Colombia

Ella se turbó ante estas palabras
y se preguntaba qué saludo era aquél

LC 1, 29

RESUMEN: A partir del pensamiento de Karol Wojtyla, la ponencia presenta el cultivo del pudor como uno de los caminos privilegiados para la formación en el amor. En un primer acercamiento se constata que, como consecuencia de una creciente banalización de la sexualidad en la sociedad actual, las virtudes del pudor y la castidad son consideradas con frecuencia con desdén por el hombre de hoy. Al parecer han caído en un cierto desprestigio ante los ojos de nuestros contemporáneos, fruto de lo que algunos filósofos personalistas han llamado “resentimiento moral”. De ahí que se proponga, en un segundo momento, su “rehabilitación” o “rescate”, es decir, reivindicar su valor presentándolas con su auténtico rostro, con toda su belleza y fuerza liberadora. Esto exige ahondar en el significado antropológico de esta experiencia humana original. Para finalizar se examinan algunos medios necesarios para la educación del pudor en los jóvenes lo que se constituye en un verdadero reto para padres y educadores.

PALABRAS CLAVE: pudor, amor, educación, Karol Wojtyla, antropología personalista.

ABSTRACT: From the thought of Karol Wojtyla, the paper presents the cultivation of modesty as one of the privileged ways for the education in love. In a first approach it is found that, as a result of a growing trivialization of sexuality in today's society,

the virtues of modesty and chastity are often considered with disdain by people today. Apparently they have fallen into some disrepute in the eyes of our contemporaries, the result of what some personalist philosophers have called “moral resentment.” Hence it is proposed, in a second moment, its “rehabilitation” or “rescue”; that is to say, vindicate its value presenting it with its true face, with all its beauty and liberating force. This requires delving into the anthropological meaning of this original human experience. Finally some media needed for education of modesty are examined: real challenge for parents and educators.

KEYWORDS: modesty, love, Karol Wojtyła, education

1. INTRODUCCIÓN

En el primer acto de su obra dramática “El taller del orfebre”, Karol Wojtyła presenta las vivencias de una joven pareja, Teresa y Andrés, antes del día de la boda. La noche en que acuden a buscar las alianzas de matrimonio pueden vislumbrar su futuro en el espejo de la tienda del viejo orfebre. De repente una pregunta aflora en el corazón de ambos: ¿qué nos deparará el futuro? No lo sabían, pues el futuro trae consigo muchas incógnitas e inquietudes, pero sí sabían que “el amor vence la inquietud” y que “el futuro depende del amor” (Wojtyła, 1980, p. 32).

Como educadores, sabemos que los jóvenes necesitan ser orientados en la vía del amor. Para padres y educadores es un reto ayudar a “amar el amor humano” —como diría Juan Pablo II—.

Un camino privilegiado para esta formación lo constituye el cultivo del pudor, piedra fundamental de la virtud de la castidad. El primer paso será empeñarse en rescatar el pudor de su impopularidad, de un cierto desprestigio en el que ha caído —tanto como la virtud de la castidad—, consecuencia de una creciente banalización de la sexualidad en la sociedad en que vivimos (I). Para ello resulta imprescindible comprender el pudor en cuanto experiencia humana original; en ésta se nos revela la grandeza del ser personal y, por ello mismo, se constituye en camino para el amor verdadero (II). Por último, será valioso examinar aquellos aspectos relevantes para una idónea educación del pudor en los jóvenes (III).

Seguiremos para el desarrollo de este artículo, principalmente, el estudio sobre la metafísica del pudor llevado a cabo por Karol Wojtyła en su libro “Amor y responsabilidad”.

2. RESCATE DEL PUDOR

Es fácil constatar en la sociedad actual una tendencia a trivializar el ejercicio de la sexualidad -y, por ende, a ridiculizar la virtud-, especialmente la castidad y el pudor, directamente relacionadas con ella. De ahí que sea necesario “rescatar” o “liberar” el pudor del peligro del desprestigio o de la impopularidad en que se halla, como consecuencia de una especie de “ceguera moral” de la sociedad actual ante este tipo de valores.

No es fácil la tarea de “rescatar” el sentido profundamente humano de la experiencia originaria del pudor, más aún dentro de una sociedad que hace clara ostentación del impudor. Somos conscientes, por ejemplo, de que una visión desintegrada y fragmentada del amor y de la sexualidad hace presencia por doquier. La atmósfera que respiran cotidianamente los jóvenes —y los adultos— está impregnada de erotismo y sensualidad. Por un lado, los medios de comunicación en muchos de los programas de radio y televisión, en revistas, periódicos y avisos publicitarios, así como a través de la internet y las redes sociales, del cine y de la música, nos transmiten con frecuencia una imagen distorsionada de las relaciones afectivas.

El pansexualismo, que invade la cultura actual, es una manera distorsionada de comprender la realidad sexual y los valores morales relacionados con ella. Siguiendo a Juan José Pérez Soba (Cf. Pérez Soba, 2004), la podemos definir a partir de tres elementos: 1) la reducción de la sexualidad a genitalidad, es decir, a instrumento para obtener placer, 2) tratar la genitalidad como mero objeto de consumo y, por último, 3) reclamar la presencia de la sexualidad, así reducida y erotizada, en todos los ámbitos de la vida social: prensa, espectáculo, educación, diversión, trabajo, salud, etc. En otras palabras, se valora como normal esta reducción de la sexualidad a genitalidad, se la difunde como un “bien especial de consumo” y se incentiva su práctica como una tendencia socialmente “buena”.

En este ambiente permeado de erotismo no es de extrañar que se multipliquen las faltas contra el pudor femenino y masculino. El pudor es juzgado muchas veces como mero prejuicio o condicionamiento social, entendiendo este último la “costumbre que tiene como fundamento la arbitrariedad del gusto o la espontaneidad de la manía” (Choza, 1990, p. 15); y, en cuanto prejuicio, haríamos bien en liberarnos de él. Se capta con dificultad su ser connatural al hombre portador de intimidad. Pero, si el pudor ha dejado de valorarse como un bien y de quererse como tal, es imperioso buscar la razón última por la cual el hombre de hoy experimenta esta especie de desamor hacia esta virtud.

Karol Wojtyła, al hablar de la rehabilitación de la castidad, responde de alguna manera a nuestros interrogantes. Interpretando a Max Scheler, dice que la causa por la que el hombre contemporáneo siente una aversión a esta clase de virtudes, llega a mofarse de ellas y las desacredita, es porque en él existe una actitud contraria a su estima y que puede calificarse como *resentimiento* moral.

“El *resentimiento* consiste en una falsa actitud respecto de los valores. Es una falta de objetividad de juicio y apreciación, cuya raíz se halla en la flaqueza de la voluntad” (Wojtyła, 1996, p. 173). El camino de la virtud es un camino esforzado, exige del hombre un continuo vencerse a sí mismo, un dominio y señorío de las propias tendencias y pasiones, un elevarse sobre ellas para realizar en la vida los valores más altos. Esto requiere al mismo tiempo un sincero amor al bien y un esfuerzo genuino de voluntad para alcanzarlo. Es posible que tras algunas derrotas en la lucha por la virtud, y justamente por el esfuerzo que ella comporta, la persona, en un intento de librarse de dicha tarea empiece a justificar subjetivamente su conducta negándole a la virtud la bondad que le es propia. En palabras de Wojtyła: “para convencerse de la inexistencia de tal valor, la persona disminuye su importancia, le niega el respeto a que la virtud tiene derecho en realidad, llega incluso a considerarla un mal a pesar de que la objetividad le obliga a ver en ella un bien” (1996, pp. 173-174).

El *resentimiento*, entonces, falsea la imagen de la virtud deformándola en el interior del hombre, quien empieza a enjuiciarla como un mal. “El *resentimiento* forma parte de la mentalidad subjetiva en que el placer reemplaza el verdadero valor”, nos dirá Wojtyła (1996, p. 174).

Podemos concluir entonces que el *resentimiento* conduce a negar el valor positivo del bien que resulta inalcanzable o ante cuya realización se encuentran serias dificultades, de ahí que la tendencia a descalificar el pudor, reduciéndolo a prejuicio o anticuada costumbre social, pueda ser fruto del mismo *resentimiento*.

Es fácil colegir entonces que, a quien está afectado por el *resentimiento moral* le resulta difícil captar la belleza de una conducta honesta. Al faltarle esa connaturalidad afectiva con el bien moral, es decir, el amor a la virtud, que lo vuelve cercano y gozoso, encontrará tropiezos en la actuación de una conducta moralmente buena.

Para que el pudor recupere su lugar propio en las voluntades y afectos del hombre de hoy nos parece indispensable profundizar en su esencia, intentando comprender el hondo significado antropológico y ético que esta experiencia humana originaria nos revela. Será sencillo luego vislumbrar la importancia que tiene el cultivo del pudor dentro de la formación para el amor.

3. EL PUDOR COMO EXPERIENCIA HUMANA ORIGINARIA

3.1. Descripción del pudor

Para acercarnos al sentido antropológico del pudor empezaremos por una descripción del mismo a partir de las siguientes preguntas: ¿Cuándo aparece el pudor? ¿Cómo se manifiesta en la vida cotidiana del hombre?

El pudor aparece en el ser humano cuando éste siente que, de alguna manera, está en peligro su intimidad. Es decir, cuando determinados hechos de su vida o ciertos aspectos de su interioridad son indebidamente conocidos. El pudor se manifiesta entonces como una tendencia, natural y espontánea, a ocultar la propia intimidad de miradas ajenas o intromisiones curiosas que hacen violencia al núcleo más personal del hombre.

Se sabe que el hombre guarda para sí mismo o para los suyos aquellas cosas que, por su propia naturaleza, están hechas para ser compartidas en un ambiente de confianza y amor —como es, por ejemplo, el ámbito familiar o conyugal—, pero al mismo tiempo, se suele experimentar incomodidad,

vergüenza o temor de que dichas vivencias sean conocidas por extraños. Y esto es así, no porque las cosas que naturalmente se oculten sean percibidas como malas -pues muchas veces se siente vergüenza de que el bien que hemos obrado sea conocido-, sino porque por su propia índole, dichas acciones no tienen por qué ser divulgadas. Al parecer, lo que es considerado y sentido como un mal por la persona es este “salir fuera lo que debe permanecer dentro” (Wojtyla, 1996, p. 211). El experimentar que la propia intimidad queda desamparada, que lo que es “más mío” pasa a ser, por la exteriorización indebida, algo de “dominio público” es, de alguna manera, sentir que uno se pierde a sí mismo, pues se nos escapa el dominio o señorío sobre lo más hondo que poseemos: nuestro mundo interior.

En esta misma línea escribe José Noriega: “El pudor es un sentimiento característico en la persona. Toca tanto la dimensión instintivo-sensual de la sexualidad como la dimensión afectivo-psicológica: tenemos vergüenza de que aparezcan nuestras reacciones sensuales, como tenemos también vergüenza de que aparezcan nuestras reacciones afectivas; tendemos por ello a ocultarlas” (Noriega, 2005, p. 153).

Podemos señalar entonces que “allí donde hay intimidad surge el pudor, pues, de por sí, la intimidad se recata, se reserva, se oculta en su propio misterio.” (Orozco, 2005).

Por eso, es comprensible que aquellas personas que cultivan y valoran su vida interior tengan, a la vez que una personalidad más rica, un más arraigado sentido del pudor.

Nos puede ayudar a corroborar lo que hemos afirmado, la observación del fenómeno contrario, el impudor. Éste se observa en aquellas personas que, sin reserva alguna, “manifiestan en público situaciones afectivas o sucesos autobiográficos íntimos, y en general, cuando se comportan en público de la manera en que las demás personas suelen hacerlo en privado” (Choza, 1990, p. 18).

En su artículo “El pudor: defensa de la dignidad personal”, Antonio Orozco escribe, con un tono un poco fuerte quizá, que “las personas frívolas, carentes de calidad interior, son más fácilmente proclives a descubrir su intimidad, justo por ser algo muy pobre, o de escaso valor a sus propios ojos. Aunque sean egoístas, —continúa— no se aprecian en lo que valen y así no

temen perderse ante las miradas igualmente frívolas de quienes se interesan por esas intimidades tan vacías e inconsistentes” (2005).

A partir de la descripción que hemos realizado del fenómeno del pudor podemos definirlo, en un sentido amplio, como “la tendencia y el hábito de conservar la propia intimidad a cubierto de extraños”, o como “la defensa y reserva de lo íntimo” (Choza, 1990, p. 17). Hemos visto también que el pudor abarca todos los aspectos en que se expresa la intimidad de la persona, de ahí que podamos hablar de un pudor del cuerpo y del vestido; de un pudor sexual o de los actos de amor; del pudor en la expresión de los propios sentimientos, emociones o estados afectivos; del pudor de compartir el propio hogar o la habitación, etc.

Es llegado el momento de preguntarnos por la esencia del pudor y por el sentido antropológico y moral en ella inscritos.

3.2. La esencia del pudor: revelar la persona y despertar el amor

Si, en general, el pudor es la defensa natural ante cualquier ofensa a la intimidad de la persona, el pudor del cuerpo o pudor sexual es el que especialmente puede ayudar a penetrar en su esencia.

Karol Wojtyła, en sus reflexiones sobre la “Metafísica del pudor”, señala que la esencia del pudor sólo puede aprehenderse si se acepta que la persona posee una interioridad que le es propia únicamente a ella. “La necesidad sintomática —escribe— que encuentra el pudor de ocultar ciertos hechos o ciertos valores nace en el ser humano porque encuentra en sí un terreno propicio: su vida interior” (1996, p. 212).

El pudor del cuerpo podemos definirlo como la tendencia a disimular los valores sexuales de la persona, a ocultar aquellas partes del cuerpo que manifiestan la diferencia sexual entre el varón y la mujer. Los seres humanos tienen una tendencia casi general a cubrir ante los demás las partes que especifican el propio sexo, especialmente ante las personas de sexo diferente. Si bien el pudor, para Wojtyła, no se identifica simplemente con el empleo de vestidos, o el impudor con la desnudez, —pues el vestido puede servir tanto para ocultar como para resaltar dichos atributos— “sí es esencial al pudor la tendencia a ocultar los valores sexuales mismos, sobre todo en la medida en

que en la conciencia de una persona constituyen un ‘objeto de placer’” (1996, p. 213).

El pudor sexual se despierta entonces, justamente allí donde la persona siente violentada su dignidad al ser reducida, por la actitud o la mirada del otro, a objeto de satisfacción sexual. El pudor, al rechazar de manera inmediata y espontánea este trato injusto, nos *revela* el carácter trascendente de la persona: su “ser fin en sí misma” y no medio de disfrute o de uso. Manifiesta que la persona es dueña de sí y que a nadie le es permitido querer “poseerla”, ni siquiera con la mirada; o tratarla como una “cosa” o un instrumento útil para obtener placer. Nadie tiene derecho sobre ella, sólo Dios. Por su capacidad de autodeterminación, y en la dinámica propia del amor humano, la persona puede decidir *entregarse libremente* como *don* al ser amado, o bien, en cuanto se posee a sí misma, no entregarse a nadie. De ahí que el pudor “antes que carácter natural o cultural, tiene carácter estrictamente personal: el pudor es el modo según el cual la persona se posee a sí misma y se entrega a otra concreta” (Choza, 1990, p. 29).

Estamos ahora en condiciones de captar con mayor claridad el vínculo profundo que existe entre el pudor y la naturaleza misma de la persona. La experiencia del pudor nos ha ido *revelando* a la persona en su libertad, irreductibilidad, inviolabilidad y trascendencia. Como afirma Karol Wojtyła, el pudor sexual “no es más que un reflejo natural de la esencia de la persona, [...] es, en cierta medida, una revelación del carácter suprautilitario de la persona, tanto del hombre como de la mujer” (Wojtyła, 1996, p. 215).

En la relación hombre-mujer, existe siempre el peligro latente -o patente- de la utilización del otro, al confundir la atracción sexual con el amor. En estos casos, la sensualidad, que es generalmente más acentuada en los varones que en las mujeres, lleva a fijar la atención sólo en los valores sexuales del cuerpo, considerado éste como objeto posible de placer (Cf. Wojtyła, 1996, p. 135). El pudor entonces busca impedir que el varón o la mujer reaccionen sólo ante el cuerpo del otro de modo incompatible con el valor de la persona. Intenta evitar que la fuerza del deseo sexual enturbie en el hombre la capacidad de *descubrir* en el *cuerpo sexuado* que lo atrae, la grandeza y dignidad de la *persona*. El pudor, al disimular o cubrir los valores sexuales femeninos o masculinos, desvía la atención del cuerpo visto como objeto de

placer, para centrar la atención en la persona en cuanto objeto de amor. Por eso nos dirá Wojtyła que “aún cuando los valores sexuales sean el objeto directo del pudor, su objeto indirecto es la persona y la actitud adoptada para con ella por la otra persona” (Wojtyła, 1996, p. 126).

La experiencia del mirar y ser mirado, nos alcanza interesantes sugerencias al respecto. “La vista —escribe Juan de Dios Larrú— es el sentido corporal más inmediato, y el cuerpo es lo más visible de la persona. La mirada del otro puede superar la distancia entre ambos e invadir o expropiar mi intimidad sexual. Para evitar que el otro confunda lo que ve con lo que soy, nace este movimiento que tiende a cubrir los órganos sexuales corporales. Lo que revela el pudor sexual es este ‘plus’ que busca ser visto, más que como un cuerpo sexuado, como una persona sexuada” (2007, p. 98).

Como hemos podido entrever, en el pudor sexual se dan esencialmente dos movimientos. Por un lado, el de huida, en la tendencia a esconder los valores sexuales para que no oculten el valor de la persona en sí misma; en este sentido, defiende la inviolabilidad y dignidad de la persona, quien no puede ser reducida, ni siquiera por el deseo interior del otro, a objeto de placer. Por otro lado, y éste es su sentido más profundo, en el pudor está implícito el deseo de despertar el amor, única respuesta adecuada a la grandeza del ser personal. “La necesidad espontánea de encubrir los valores sexuales es una manera natural de permitir que se descubran los valores de la persona” (Wojtyła, 1996, p. 217). Al desviar la mirada de los valores del cuerpo y dirigirla hacia la persona, el pudor permite al hombre penetrar, de manera viva y gozosa, en la bondad y belleza de la persona concreta —femenina o masculina— a la que está conociendo; esta bondad y belleza más plenas le invitan y exigen *afirmar* a la persona por sí misma y no sólo por su atractivo físico o sexual. Este respeto hacia la verdad total de la persona y la actitud de afirmarla por ella misma constituyen los elementos constitutivos del amor auténtico. En este sentido podemos concluir que la adecuada vivencia del pudor prepara el camino hacia el amor verdadero. (Cf. Wojtyła, 1996, pp. 217-219). He aquí el sentido antropológico y moral de esta experiencia humana originaria.

De forma bellamente poética encontramos expresada esta verdad en la obra dramática anteriormente citada, *El taller del orfebre*:

Habla Andrés. Ha descubierto en Teresa a “la compañera de su vida”, pero el camino no ha sido fácil... lo ha precedido un penoso peregrinar en el que con facilidad confundía la atracción con el amor:

“Pues mis sentidos –dice- se alimentaban, a cada paso, del encanto de las mujeres que se cruzaban conmigo. En varias ocasiones traté de seguirlas, y me encontré con islas deshabitadas”.

Su experiencia tambaleante del amor lo lleva a reflexionar.

“Pensé entonces que la belleza accesible a los sentidos puede convertirse en un don difícil y peligroso; sé de personas que por su causa dañan a otras – así, lentamente, aprendí a valorar la belleza accesible al espíritu, es decir, la verdad”.

El cambio de actitud apunta con firmeza.

“Decidí, por tanto, buscar a una mujer que fuera realmente mi ‘alter ego’ y que el puente tendido entre los dos no fuera frágil pasarela entre nenúfares y cañas.”

Andrés ha encontrado el camino hacia el amor... Con Teresa todo tiene que ser distinto.

“No me rendía sólo a la impresión y a la magia de los sentidos, pues sabía que entonces jamás saldría de mi propio ‘yo’, y no llegaría a la otra persona –pero en esto consistía el esfuerzo” (Wojtyla, 1980, p. 6).

Sólo al trascender la “belleza accesible a los sentidos”, se le descubre a Andrés la “belleza accesible al espíritu”: *la verdad de la persona de Teresa*. El amor ha amanecido.

4. EDUCACIÓN DEL PUDOR Y FORMACIÓN PARA EL AMOR

4.1. El pudor como virtud

En el pudor, como experiencia humana original, encontramos la tendencia o hábito natural a custodiar la intimidad de la persona cuando ésta se encuentra amenazada. Este hábito natural en el hombre, como todo lo propiamente humano, es susceptible de ser perfeccionado, convertido en virtud, a través de la educación.

El desarrollo de la virtud del pudor supone una forma de conocimiento especial por el que la verdad de la persona y su dignidad se intuyen de forma clara; “comprende la ‘posesión’ estable de aquello que podríamos llamar el ‘sentido’ de la persona y de su valor” (Río, 2003). Por otro lado, el hábito del pudor en cuanto virtud lleva consigo una connaturalidad afectiva con el bien y la disposición efectiva a obrar conforme a este bien conocido y amado. En nuestro caso, la virtud del pudor se manifiesta en la facilidad, firmeza y gozo en elegir constantemente aquello que mejor custodie y proteja la intimidad de la persona y su dignidad; se expresará habitualmente en todas las acciones de la persona, tanto en referencia a otra persona como a sí misma: desde las miradas y gestos, hasta las conversaciones, vestidos, muestras de afecto, etc. Sin la virtud del pudor, difícilmente se encontrará la “justa medida” entre aquello que se debe reservar, custodiar y proteger en la intimidad y lo que se debe manifestar o comunicar sin que sufra con ello detrimento el ser personal.

De lo anterior podemos deducir la importancia de que los padres cuiden en el despuntar del pudor, en cuanto hecho natural, en sus hijos; que les ayuden a secundar después sus inclinaciones, a defenderlo como un bien precioso hasta llegar a hacer de él una fuerza real y moral, es decir hasta convertirlo en virtud (Cf. Río, 2003).

4.2. El desarrollo diferencial del pudor en el hombre y en la mujer

Para contribuir a la educación del pudor en los jóvenes, es importante ayudarles a caer en cuenta que el desarrollo del pudor tiene un camino diferente para el hombre y para la mujer.

Karol Wojtyła lleva a cabo un sugerente trabajo al respecto. Nos dice que el pudor sexual, o “la aptitud y la disposición a tener vergüenza”, sigue distintos procesos en el varón y en la mujer, estando en estrecha relación con las diferentes fuerzas psíquicas y con la vivencia de la sensualidad y la afectividad (Cfr. Wojtyła, 1996, p. 213).

En el hombre la sensualidad está mucho más acentuada que en las mujeres, en quienes lo que predomina es la afectividad. La sensualidad es la tendencia a reaccionar ante los valores sexuales del cuerpo en cuanto objeto posible de placer; ésta, al fijar su atención exclusivamente en los aspectos sexuales, termina por disociarlos de la persona entera; por estar centrada en el goce tiende a utilizar al otro como medio de satisfacción o de disfrute sexual.

La afectividad, por el contrario, reacciona ante los valores de la persona del otro sexo en su totalidad: se despierta ante el encanto de la feminidad o la fuerza de la masculinidad en su conjunto. Está permeada de admiración ante la belleza de la persona femenina o masculina. En la mujer, la sensualidad está como escondida en la afectividad, de ahí que ella sea más sensible que el hombre al valor de la persona en sí misma (Wojtyła, 1996, pp. 134-139). Por esto, no es de extrañar que una joven se sienta fácilmente “impulsada a considerar como una prueba de amor afectivo lo que para el hombre es la acción de la sensualidad y el deseo de goce” (Wojtyła, 1996, p. 137).

Ahora bien, nos dice Wojtyła que, puesto que la mujer está más expuesta –que el varón- a ser considerada como objeto de placer, debería esperarse que el pudor del cuerpo fuera en ella más acentuado. Es decir, que las jóvenes y las mujeres tendieran con mayor facilidad y frecuencia a disimular y ocultar sus atributos específicamente femeninos ante los ojos de los demás, con el fin de no provocar una reacción de sensualidad. Sin embargo, sabemos por experiencia que paradójicamente no ocurre siempre así; la razón la halla Wojtyła justamente en el hecho de que la mujer es menos consciente que el hombre de su sensualidad; al no experimentar las reacciones sensuales tan fuertemente como el varón, es comprensible que sienta menor necesidad de ocultar su cuerpo, objeto posible de deseo para el otro. De ahí que para educar a la mujer en el pudor del propio cuerpo, es indispensable un cierto conocimiento del sentir masculino, es decir, de cómo ellos viven y experimentan las fuerzas de su sexualidad. (Cf. 1996, pp. 213-214).

En el varón, el desarrollo del pudor se da de una manera diferente. El joven, por un lado, no teme la sensualidad femenina, pero, por otro, las reacciones de su propia sensualidad pueden convertirse en él en fuente de vergüenza —de pudor—. “Para el hombre —escribe Wojtyla— los valores sexuales están ligados más estrechamente al cuerpo y al sexo en cuanto objetos posibles de placer, y de ese modo vienen a ser fuente de vergüenza”; en cierta manera “tiene vergüenza de su propio cuerpo porque se avergüenza del modo cómo reacciona ante el cuerpo de la mujer” (1996, p. 214). De ahí que para el varón, la disposición constante a evitar lo impúdico, que puede verse por ejemplo en el mayor recato en el vestir, nace de una necesidad interior de evitar que la mujer reaccione ante su cuerpo de un modo incompatible con el valor de su persona (1996, p. 215). Lo anterior es válido siempre y cuando no se haya fomentado voluntariamente el impudor en acciones y actitudes; en este caso, la percepción de lo honesto se encuentra seriamente dificultada, lo que no es poco frecuente.

Estos rasgos diferenciales en que el hombre y la mujer perciben el pudor, nos dan algunas luces para el proceso formativo de uno y otra en esta virtud. “El varón —escribe Juan de Dios Larrú— ha de aprender a integrar su instintividad en su afectividad, para no dejarse llevar por la intensidad de su reacción. La mujer ha de aprender a no confundir afectividad y sensualidad” (2007, p. 100), debe estar más atenta a la vivencia del varón con respecto a la sexualidad, distinta a la suya, para no provocar en él reacciones contrarias al bien de la persona. No debe ceder fácilmente al deseo de agradar al otro, que la puede llevar a suscitar en él el interés y la atracción, pero no el amor.

Para ambos es imprescindible, a la vez que el rechazo constantemente a lo impúdico e indecente, el fomento de conductas respetuosas en el trato, en las palabras y en el vestir. Deben promover en sí mismos y en los demás el recato, la honestidad y el decoro, es decir, un aprecio sincero a la belleza moral. Vemos pues, cómo la educación del pudor está estrechamente ligada a la formación para el amor.

4.3. *Por una cultura de la elegancia: el pudor en el vestir*

En sus reflexiones sobre la intimidad y el vestido, Jacinto Choza nos dirá que: “El pudor en cubrir el propio cuerpo significa que el propio cuerpo se tiene en posesión, que no está a disposición de nadie más que de uno mismo, que no se está dispuesto a compartirlo con todo el mundo y que, por consiguiente, se está en condiciones de entregarlo a una persona o de no entregarlo a nadie” (1990, p. 25). Una vez más aparece la importancia del cultivo del pudor como camino que posibilita el amor, la entrega.

La relación entre el pudor y la forma de vestir, salta a la vista después de las reflexiones que hemos avanzado. De manera general, nos atreveríamos a afirmar que existen dos maneras de vestirse: una que busca resaltar el rostro de la persona y otra que pretende evidenciar el cuerpo. Si mientras mirar un rostro es casi siempre un acontecimiento espiritual, porque en él se percibe a la persona entera, con su personalidad, con la belleza de su mundo interior; fijar la mirada en ciertas partes del cuerpo, por el contrario, es atender a lo menos personal del otro, a lo menos original que tiene el cuerpo, pues hay ciertas zonas del mismo que no *dicen* la persona, sino que *significan* algo común a todo cuerpo sexuado.

En este sentido escribe Antonio Orozco: “El vestido se muestra como una exigencia de la elegancia como virtud moral. Sin él, la personalidad se esfuma. Su misión es justamente velar determinadas zonas del cuerpo para embellecerlo de tal modo que al mismo tiempo que dé gusto mirarlo, la atención no quede por él absorbida (...)” (2005). Por eso, cuando no se respetan las leyes del pudor y el vestido lo que hace es centrar la atención sólo en el cuerpo y en sus aspectos sexuados, no tiene sentido hablar de elegancia o personalidad en el vestir, pues lo que queda en la oscuridad es, precisamente, la persona.

Muy interesantes nos parecen al respecto los apuntes antropológicos que desarrolla María del Pilar Río en su artículo “Persona y moda”. Entre otras cosas, la autora señala que el *ethos* de la moda debe inscribirse en la lógica de la persona vista como un *bien en sí misma*. Esto lleva consigo una exigencia: que la moda y el vestido expresen la verdad de la persona, favorezcan su justa acogida y el adecuado reconocimiento de su dignidad. “El *ethos* de la moda, por tanto, se coloca en las antípodas de una lógica utilitarista o

hedonista que, al vestir, exhibe a la persona-cuerpo como objeto de placer o de compraventa, desvirtuando, velando o falsificando su verdad” (2003).

La virtud del pudor en relación al vestido exige, por un lado, saber elegir un modo de presentarse ante los otros que haga justicia a la verdad de la persona; es decir, a vestir de tal manera que en el cuerpo sexuado se transparente en primer lugar la belleza de la persona sexuada en su conjunto. Si esto es así, la elegancia y la sobriedad en el vestir permitirán desarrollar, en sí mismo y en los demás, las actitudes adecuadas ante la totalidad de la persona, tales como el respeto, el reconocimiento, la simpatía, la sana atracción, el amor, etc.

Por otro lado, un sano sentido del pudor lleva a evitar poner en primer plano los aspectos sexuales del cuerpo. Éste, así resaltado, pone a la persona en peligro de ser ultrajada por las miradas y actitudes “cosificantes” que provoca ese determinado modo de vestir. “La verdad de la persona y el pudor en el vestir exigen –entonces- una ‘moda personal’ y no una ‘moda del cuerpo’” (Río, 2003).

Por lo que hemos venido diciendo podemos concluir que la educación en el pudor es un elemento indispensable para saber elegir una forma auténticamente humana y personal de vestir. El fomento de una *cultura de la elegancia* tiene que partir del convencimiento de que “una moda humana es aquella que lleva el sello inconfundible de la ‘distinción’ como nota expresiva del misterio de la persona y de su dignidad” (Río, 2003).

5. CONCLUSIÓN

Concluyo este escrito con una última mirada al título del mismo: “Importancia de la educación del pudor en los jóvenes. Un reto para la familia”. Los padres y educadores sabemos que la persona humana está llamada a perfeccionarse, y que esta perfección depende del amor, de la capacidad de hacer de la vida una entrega constante a los demás. Pero sabemos también que “nadie da de lo que no tiene”; de ahí que para *darse*, la persona necesite antes *poseerse*. La virtud del pudor, al permitirle al hombre mantener la *posesión de sí*, y de lo más sagrado que posee, su intimidad, lo pone en condi-

ciones de realizar esta *entrega de sí* de forma más plena. En este sentido, le abre el camino al amor y por tanto a la perfección. Un hermoso desafío para la familia es contribuir eficazmente en este camino de perfección de la persona a través del cultivo del pudor, la guarda de la propia intimidad, en niños y jóvenes.

Por último, les invito a mirar a Aquella en quien todas las virtudes resplandecen, a la Virgen de Nazareth, que supo “guardar todas las cosas en su corazón”, y que en la completa posesión de sí misma pudo entregarse a Dios pronunciando su *Fiat mihi secundum Verbum tuum*.

6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- CHOZA, J. (1990). *La supresión del pudor, signo de nuestro tiempo y otros ensayos*. (2a. ed.). Pamplona: Eunsa.
- LARRÚ, J. (2007). *El significado personalista de la experiencia del pudor en K. Wojtyla*. En J. Burgos (ed.), *La filosofía personalista de Karol Wojtyla* (pp. 95- 105). Madrid: Palabra.
- NORIEGA, J. (2005). *El destino del eros*. Madrid: Palabra, Madrid.
- OROZCO, A. (2005). *El pudor: defensa de la dignidad personal*, [en línea]. Disponible en: <http://www.arvo.net/documento.asp?doc=01030725d>
- PÉREZ SOBA, J. (2004). El “pansexualismo” de la cultura actual, Diálogos de Almudí, [en línea]. Disponible en: <http://www.almudi.org/Inicio/tabid/36/ctl/Detail/mid/386/aid/338/Default.aspx>
- RÍO, M. (2003). *Persona y moda, Humanitas*, 32 [en línea]. Disponible en: <http://humanitas.cl/html/biblioteca/articulos/d0446.html>
- WOJTYLA, K. (1980). *El taller del orfebre*. Madrid: Biblioteca de autores cristianos.
- _____, (1996). *Amor y responsabilidad*. Barcelona: Plaza & Janés Editores.